

Apuntes de la Asamblea con Eugenio Nembrini y Davide Prospero en los Ejercicios espirituales de adultos de Comunión y Liberación

Rimini, 6 de mayo de 2018

Eugenio Nembrini. «Qué hermoso es el camino para el que camina» (C. Chieffo, «La strada», en *Cancionero de Comunión y Liberación*, Madrid 2007, p. 340). Lo que me parece más evidente, pensando también en las preguntas que tenéis –muchas de ellas escritas, muchísimas en el corazón–, es que todos queremos realmente hacer este viaje, este camino, con alegría en el corazón. Si hay un sentimiento, si hay un deseo, es más, diría tal vez, el único gran deseo es el de volver a tomar en la mano nuestra vida porque es muy hermoso conocerla, conquistarla viviéndola, en vez de perderla –como sucede a veces– viviendo. Y estoy muy contento de que esta mañana nos ayudemos a responder un poco a nuestras preguntas, pero más que responder, a profundizar en ellas, a mirarlas con libertad, con gusto, porque el signo de que crecemos es que las preguntas aumentan, no que disminuyen. Y estoy contentísimo de que esté con nosotros Davide, vicepresidente de la Fraternidad de CL, que desde hace algunos años vive con nosotros estos Ejercicios. ¡No lo manda la organización a controlar si hacemos bien las cosas! Está aquí solo por amistad, por una historia grande y por eso le quiero dar las gracias.

Al término de estos días estoy lleno de asombro, como cuando se espera una cierta cosa y llega otra todavía más grande. Ayer por la noche vino uno de vosotros a saludarme: «Eugenio, todo maravilloso, te doy las gracias, pero yo estoy aquí de casualidad». «¿Cómo que por casualidad?». «Pensaba que el que estaría aquí sería tu hermano Franco». ¡Para pegarse un tiro! ¡Pero estaba contento, dijo! Verdaderamente Dios nos sorprende siempre. Dios es realmente simpático, digámoslo así.

Hemos organizado las preguntas teniendo presente el recorrido que hemos hecho estos días. Tratemos de afrontarlas con el deseo de que el almendro de Van Gogh que veis en la pantalla a mis espaldas –ahora empezamos a entender que ese almendro es cada uno de nosotros– pueda crecer y dar fruto según los tiempos, la misericordia y la paciencia de Dios. Por tanto comenzamos.

La primera pregunta es esta: «¿Cómo se puede ser cada vez más fiel al corazón? Muchas veces me doy cuenta de que, al no ver una respuesta inmediata a los deseos verdaderos que tengo, trato de responder a esas preguntas engañando a mi corazón; el resultado es que me separo del corazón y termino haciéndome daño. ¿Cómo se puede ser fiel al propio corazón respetándolo, amándolo con todas las preguntas que tiene, sin tener el ansia de “tenerlo que tapar” o de darse pequeñas alegrías para hacer que se calle un poco?». »

Davide Prospero. El corazón no lo hacemos callar nosotros, porque de por sí es irreductible. Y no porque lo decidamos nosotros: es irreductible, prescindiendo de lo que podamos querer o sentir. Esta irreductibilidad es la impronta, la huella, el signo indeleble de la unión con Quien nos ha hecho. Nos sintamos como nos sintamos, este corazón se nos ha dado antes que cualquier otra cosa. Si miramos un poco nuestra experiencia, nos damos cuenta de que no buscamos hacerlo callar deliberadamente porque seamos malos o porque nos equivoquemos. El problema es lo que decía Eugenio: existencialmente, casi sin que nos demos cuenta, nos acostumbramos a desear un poco menos respecto a la amplitud para la que el corazón está hecho. ¿Por qué?

Porque es difícil desear en toda su amplitud aquello para lo que está hecho el corazón. El corazón está hecho para el infinito, está hecho para Aquel que lo ha creado. Y esto nosotros lo advertimos más sensiblemente –como dice la pregunta– cuando la realidad contradice nuestros deseos particulares, no nuestro deseo de infinito, sino lo que deseamos en pequeño, también deseos buenos, no necesariamente los que nosotros mismos nos damos cuenta de que no son verdaderos, como los ejemplos que se pusieron ayer: «Quiero a mi hijo, ¿cómo lo puedo ayudar?». Como la realidad contradice nuestro deseo, ¿cómo reaccionamos nosotros? Comenzamos a desear menos, bajamos el listón, como se suele decir. En cambio cuando la realidad parece contradecir tu deseo, el problema no es desear menos porque estás deseando demasiado; se trata más bien de desear más, porque quiere decir que estoy concentrando todo mi deseo en algo que es todavía demasiado poco, significa que tengo que entender todavía para qué está hecho mi corazón si nada parece satisfacerlo. Pero el mismo dolor por la herida de un deseo insatisfecho es el signo evidente de que el corazón está hecho para el infinito y no se aplaca hasta que encuentra satisfacción en él. Lamentablemente la satisfacción es totalmente distinta de lo que normalmente pensamos que es, es decir, alcanzar un objetivo nuestro, después del cual podamos dejar de desear. ¿Pero qué vida sería esta? Yo no quiero no desear más, yo quiero desear cada vez más aquello que reconozco que está hecho para mí. Pensad si no es así respecto a las cosas que más estimamos: nuestro deseo no es que disminuya el amor por lo que amamos, sino que incluso puede crecer. Esta es la satisfacción verdadera. La satisfacción del corazón no es la tranquilidad, no es el equilibrio. Giussani dijo precisamente aquí en Rímini: «Os deseo, y me lo deseo también a mí mismo, que nunca os quedéis tranquilos, que ya nunca estéis tranquilos» (en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 713). Uno oye decir esto y le parece casi una maldición. ¿Por qué no lo es? Porque la satisfacción del corazón no es un equilibrio, sino una vibración. El corazón resuena, es como una cuerda que resuena, y no porque la tensemos nosotros, sino por la resonancia que le provoca lo que tiene delante. El corazón vibra al unísono con la presencia con la que se encuentra. Hasta tal punto es cierto que estamos hechos así que Quien nos conoce en lo profundo, Quien nos ha dado este corazón, ha dictado también el método para que conserve su apertura original, respondiendo a lo que nuestro amigo o nuestra amiga pregunta: ¿cómo es posible no reducir este corazón? En estos días hemos tenido un ejemplo clamoroso: toda la historia del pueblo de Israel muestra cómo Dios ha respondido y responde a esta pregunta. Y como decía hace un momento Eugenio, las muchísimas preguntas que han llegado han mostrado cómo nosotros vivimos normalmente en el olvido de estas preguntas, dándolas por descontadas, pero basta que alguien nos diga ciertas cosas e inmediatamente el corazón se convierte en un río que se desborda, y vuelve a emerger lo que somos, emergen de nuevo las preguntas del corazón, que nos acompañan todos los días aunque no pensemos en ellas y no las prestemos atención. Hace falta que suceda algo, hace falta la iniciativa de alguien para que el corazón se despierte. Os cuento un episodio. Recientemente he ido a Tierra Santa, era la primera vez, y ha sido una experiencia verdaderamente extraordinaria. Me han impresionado muchísimas cosas, pero voy a contaros solo una, que me ha hecho entender más esto de lo que estamos hablando. Me impresionó la narración de la historia de los judíos, del pueblo elegido, del hombre que ha sido llamado, al que Dios se ha revelado. El hombre inevitablemente, si es serio consigo mismo, con su propia naturaleza, desea ver a Dios. La cumbre del intento de los judíos de alcanzar a Dios es una lista de 613 preceptos que regulan su vida, de los cuales 248 son positivos (obligaciones) y 365 son negativos (prohibiciones): «debes hacer esto», «no debes hacer esto». Son la manera a través de la cual el judío trata de elevarse a Dios. Por ejemplo, antes de sentarse a la mesa hay que hacer las abluciones, es decir, uno se tiene que purificar con agua; es el modo a través del cual el hombre reconoce humildemente que tiene necesidad de ser purificado para poder elevarse a

aquello para lo que está hecho, a la relación con Dios. Y esto es lo que me impresionó: el primer milagro que cuenta el Evangelio es la transformación del agua en vino en las bodas de Caná. Desde hace muchos años me preguntaba: «¿Pero a qué viene esto? Jesús hizo cosas extraordinarias, puso en pie a los lisiados, curó todo tipo de enfermedades, le abrió los ojos a un ciego, resucitó a un muerto... ¿por qué, en un determinado momento, transforma el agua en vino?». Además, es su primer milagro, por lo que me sale pensar: «Este es el que marca el método». Mientras estaba en Tierra Santa entendí por qué. Porque para el pueblo hebreo, como ha sido siempre en la antigüedad, el vino es signo del amor de Dios, es un don de Dios. El Evangelio cuenta este diálogo extraordinario entre Jesús y su madre, que le dice: «No les queda vino». Jesús le da esta extraña respuesta: «Mujer, ¿qué quieres de mí? Todavía no ha llegado mi hora». Todo lo que decía Jesús tenía un significado, no como nos sucede a nosotros, que hablamos sin ton ni son. «Ya no les queda vino». Es cierto, ya no les queda vino, por tanto ya no tienen el signo del amor de Dios. Jesús sabe que si cumple el gesto de transformar el agua en vino, satisfaciendo el deseo del hombre de elevarse a Dios, demuestra quién es, revela quién es. Es como si dijese: «Aquellos que necesitáis, y que tratáis de alcanzar con todos vuestros intentos de purificaros con vuestras fuerzas, con vuestra buena voluntad, es decir, alcanzar a Dios, yo os lo doy gratis, transformo todo vuestro esfuerzo admirable pero inútil en un don gratuito. Soy yo el que os trae el amor de Dios, el que os trae aquello que sin mí no podríais tener». Es una presencia que toma la iniciativa sobre nuestra vida, que despierta el corazón, porque el corazón solo se despierta en toda su dimensión infinita ante el infinito, solo si el infinito se hace una presencia real, una experiencia, una persona.

Nembrini. Lo de Dios es ternura, como veis. No nos da de palos, sino que lleva a cumplimiento el deseo del corazón.

Pasemos a la segunda pregunta: «¿Qué significa que es simple reconocerle, pero difícil adherirse a Él? A mí en cambio me parece que la dificultad más grande es reconocerle, porque mi corazón casi siempre está bloqueado».

Prosperi. Ayer nos dijeron: «Debía ser simple reconocerlo». Lo fue para los primeros que se encontraron con Él —pensemos en la narración de Juan y Andrés del Evangelio— y no eran personas que hubieran estudiado las Sagradas Escrituras, a lo mejor las habían leído, pero no eran doctores de la ley. Era gente sencilla, pescadores. Tenía que ser sencillo y no podría ser de otra manera, de otro modo sería una injusticia. ¿Por qué era sencillo reconocer a Jesús, y por qué es sencillo también hoy para mí? Por lo que acabamos de decir, o sea, porque la iniciativa es suya. Pero nosotros no nos lo creemos, un instante después pensamos siempre que hace falta algo que tengo que añadir yo; estamos convencidos de que no basta estar abiertos a Su iniciativa. La iniciativa es de Cristo, y ha sucedido ya en nuestra vida. Atención, podemos estar aquí por primera vez —incluso podemos haber venido creyendo que íbamos a un encuentro cultural—; ¿por qué? Porque algo ha sucedido en nosotros. Hemos escuchado ciertas cosas, hemos vivido un gesto, es decir, hemos hecho experiencia de un cierto significado que ha involucrado todas las dimensiones de nuestro yo, nuestra humanidad se ha puesto en juego en estos días. ¿Queremos perder lo que hemos vivido aquí? ¿Por qué digo que está implicada toda nuestra humanidad? Porque no se entiende en abstracto qué significa reconocer a Cristo. Si miramos en cambio nuestra experiencia, precisamente a partir de estos días, ¿qué vemos? Que el reconocimiento no es intelectual, sino que es algo afectivo, hasta tal punto que nos hace

pegarnos, nos ata a lo que nos ha sucedido. En el momento en que reconocemos que está sucediendo algo que representa una respuesta al grito de nuestro corazón, este hace que nos peguemos a ello. Este reconocimiento tiene la forma del enamoramiento; cuando uno se enamora, el reconocimiento no se reduce a la constatación: «Oh, qué guapo es este, qué guapa es aquella». El reconocimiento de esta presencia te arrastra, hace que te pegues a él o a ella. Es el reconocimiento de un atractivo que te aferra el corazón. Cuando Jesús les preguntó a los discípulos: «Vosotros, ¿quién decís que soy?», ¿qué le permitió a Pedro responder: «Tú eres el Cristo, el hijo de Dios viviente», hasta el punto de sorprender al mismo Jesús? Jesús le dijo de hecho: «Bienaventurado tú porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino el Espíritu» (cf. Mt 16, 15-17). En el fondo, le estaba diciendo: «Pedro, tu corazón —es decir esa raíz última que hay en ti y que casi ni siquiera tú te acordabas que tienes— se ha despertado y te ha permitido reconocer lo que todos los demás todavía no han reconocido». ¿Y entonces qué le permitió a Pedro reconocerle hasta adherirse a Él? ¿Qué hace posible, también para nosotros hoy, que la adhesión que sigue al reconocimiento no sea solo un hecho inicial, emotivo, la ola de un transporte momentáneo, como cuando uno se enamora y dice: «¡Qué bonito!», pero después las cosas no salen como las había imaginado («No era exactamente lo que tenía en la cabeza») y entonces lo deja pasar? ¿Qué permite una adhesión estable hasta el fondo? Y aquí volvemos a nuestro eterno problema: sustituir con nuestro esfuerzo lo que Dios, según nosotros, no sería capaz de realizar en nuestra vida. ¿Qué le permitió a Pedro responder de manera distinta a todos los otros que Le habían visto y escuchado hablar por ahí, aquí y allá? Una familiaridad, el crecimiento en el tiempo de una familiaridad con ese hombre excepcional, Cristo. Esta familiaridad permitió a Pedro reconocerle y, día tras día, pegarse a Él cada vez más, sin decaer, es más, haciendo crecer cada vez más esta adhesión, no ya como sentimiento, sino como juicio. Es solo una decisión personal, sostenida por el juicio de valor, lo que permite y hace crecer en el tiempo esa familiaridad a través de la cual el reconocimiento, día tras día, se hace cada vez más una adhesión definitiva, se hace cada vez más conciencia de sí: «Yo soy la relación contigo». Pedro no podría haberlo dicho el primer día como se lo dijo ese día. El juicio de valor crece en el afecto a esta Presencia. Pero nosotros creemos que podemos entender las cosas que nos decimos, que podemos vivir la relación con Jesús sin seguir, es decir, sin estar pegados al camino que Él ha elegido para continuar presente en nuestra vida. Por tanto, como se nos ha dicho estos días, la conciencia de Cristo está unida al crecimiento de esta familiaridad con Él.

Nembrini. Es muy hermoso creer que Dios lleva a término lo que ha empezado, pero siempre hay una objeción. Me parece que la siguiente pregunta nos incumbe a todos, día sí y día no nos sorprendemos un poco con ella. «Me ha impactado la alegría palpable de las mujeres de Rose. Evidentemente se basa en un hecho, un encuentro concreto. ¿Qué tienen ellas que no tengo yo? ¿Por qué me es tan difícil volver a esa alegría? “Eres precioso a mis ojos, eres digno de estima y yo te amo”. Esta frase me ha impresionado, porque yo me tengo poca estima, a veces no me siento a la altura de las situaciones, me parece que siempre estoy un peldaño por debajo de los demás. ¿Cómo puedo descubrir este amor por mí y cómo quererme a mí misma de esa manera y amar a los demás como Él nos ha enseñado?

Prosperi. Exactamente como acaba de decir don Eugenio. El problema es que tenemos que entender de dónde viene esta excepcionalidad, qué es lo que verdaderamente nos conmueve: nos conmueve ver el video que hemos visto, nos conmueve escuchar estos relatos, nos conmueve ver lo excepcional que es la vida de ciertos amigos. En el fondo es lo que deseamos,

aunque, como me decía ayer uno de vosotros, a veces nos asusta un poco, porque nos damos cuenta de que vivir así nos arranca de la medida cotidiana con la que estamos acostumbrados a controlar nuestra vida, en lo que podemos, hasta que explota como un volcán. La excepcionalidad que esas mujeres han experimentado también es posible para nosotros; no solo una imagen heroica que realizar, ya que en nuestra vida –pensamos– no puede cambiar nada. Pero para que pueda suceder también en nosotros tenemos que entender de dónde surge esa excepcionalidad, porque eso nos ayuda a mirarnos a nosotros mismos de manera distinta. Este es el valor del testimonio entre nosotros: no se trata tanto de subrayar que hay entre nosotros algunas figuras excepcionales, sino del hecho de que a través de ellas puede cambiar el modo con el que nos miramos a nosotros mismos. Siempre me impresiona cuando Rose cuenta cierta conversación con don Giussani. Una de las primeras veces que hablaron, le dijo: «Mira, si todo esto, el universo, todo lo que existe, hubiese sido hecho solo para ti, si Dios hubiese hecho todo solo para ti, habría valido la pena. ¡Piensa cuánto vales para Él!». Oír que le decían esto marcó para ella el comienzo de una nueva manera de mirar las cosas: «Tú vales». ¿Cómo le diría esto don Giussani a esta muchacha, que le cambió la vida y que desde aquel momento empezó a cambiar la vida de muchas personas alrededor de ella? Porque Giussani, por la familiaridad de la que hemos hablado, veía lo que veía Jesús, miraba a Rose como la miraba Dios, su corazón vibraba como Su mismo corazón. Reconocía que la finalidad por la que Dios se ha hecho carne, por la que el Hijo de Dios ha venido al mundo, es servir a ese corazón, ese infinito del que estaba hecho el corazón de aquella chica. El Hijo del hombre, de hecho, no ha venido para ser servido, sino para servir. «Y el que quiera seguirme tendrá que dar la vida para servir», para servir a este corazón. Es esta mirada sobre ti lo que empieza a cambiar el modo con el que miras a los demás, por lo que deseas que puedan vivir la misma experiencia de plenitud, de satisfacción del corazón que reconoce aquello para lo que está hecho, este infinito al que Dios mismo quiere servir en ti. Cuando estuve en Kampala, hace tres semanas, durante un encuentro intervino una muchachita de dieciséis años; llevaba un vestido muy elegante, parecía una muñeca, muy guapa, y empezó a contar su historia, una historia verdaderamente dramática. Hasta que dijo: «Pero en toda esta historia mía, en cierto momento, conocí a Rose, conocí a Seve [el director de la escuela “Luigi Giussani”, una obra educativa extraordinaria; si vais a Kampala id a visitarla], y esto para mí fue el inicio de una vida nueva». Y en seguida añadió: «Pero no entiendo qué tiene que ver con esta historia que he tenido que sufrir». Esto lo entiendo, porque cuando descubres que llevas encima tanto sufrimiento, tanto dolor, tanta injusticia de la que no eres culpable, extrañamente a veces te sientes culpable. Por eso me preguntó: «¿Qué tiene que ver?». Entonces yo le conté una historia: «Un día Jesús iba caminando junto a sus discípulos, se encuentra con un hombre que estaba ciego de nacimiento y le cura». Le pregunté: «¿Conoces esta historia?». Y ella: «Sí, sí, la conozco». Entonces continué: «En un determinado momento, sus amigos le preguntan: “¿Por qué está así? ¿Quién ha hecho mal? ¿Él o sus padres?”. Era lo que todos pensaban, y lo que él mismo pensaba de sí. Jesús responde de una manera extraña, como hacía de vez en cuando: “Ni él ni sus padres. Está así para que sea glorificado el Hijo del hombre”. ¿Pero cómo? ¿Qué quiere decir “para que sea glorificado el Hijo del hombre”? Significa que estaba ciego para que pudiese encontrarse con Él. Ninguno de nosotros sabríamos de ese ciego de nacimiento –ha habido muchos en la historia, antes y después que él–, si no hubiese conocido a Jesús. El motivo por el que, después de dos mil años, todavía nos acordamos tan bien de ese hombre es porque se encontró con Jesús, Lo reconoció y se convirtió en un instrumento para que todo el mundo pudiera reconocer quién era Él. Por eso tu historia es la que es, y te ha traído aquí para que pudieses encontrarte con Él. Y como el ciego de nacimiento, tú tienes una tarea: que todo el mundo, a través de tu vida, no ante todo a través de lo que te ha sucedido en el pasado sino a través de tu vida ahora, a través del comienzo de una vida nueva que es el encuentro con Cristo,

pueda reconocerle. Tú has sido elegida para que el Hijo del hombre pueda ser glorificado hoy». «Tú eres precioso a mis ojos», dice Dios, por este infinito que puede estallar como vida nueva porque Él ha salido a tu encuentro, al mío y al de todos nosotros.

Nembrini. Tenemos una tarea en la vida: que todos puedan conocer lo que nos ha sucedido. Esto nos introduce en la cuarta pregunta. De todos modos, estas son preguntas que verdaderamente habitan en el corazón de cada uno, todos las tenemos, por eso es interesante compartirlas. «Quisiera que aclararas mejor la relación entre acontecimiento e ideología. De hecho he entendido que la ideología no te perdona lo que eres, y en cambio en tu descripción parece que el acontecimiento no juzga, no afirma la verdad y no corrige. Según mi experiencia, el acontecimiento quema, explota como un volcán, corrige acogiendo, pero sin ahorrarte nada, como Jesús, que le dijo a la Samaritana: “No tienes marido porque has tenido cinco maridos” o a la prostituta: “Vete y no peques más”».

Prosperi. Han llegado muchísimas preguntas sobre esta primera reducción («En vez de un Acontecimiento, la ideología»), de la que Eugenio hablaba ayer. Hemos elegido esta, y otra que veremos después, porque de distintas maneras ayudan a entender una cuestión decisiva: el acontecimiento no es ausencia de juicio; no tenemos que pensar que si juzgamos somos ideológicos, es más, es justo al contrario. El acontecimiento está cargado de juicio, pero de un juicio nuevo sobre nuestra vida, porque no es lo que decidimos nosotros según nuestra medida, según nuestros esquemas, con los que nos defendemos de la realidad. El juicio verdadero sobre nuestra vida es algo que sucede y nos corresponde, porque despierta la verdad que hay en nosotros. La pregunta hacía referencia a Jesús cuando le dijo a la prostituta: «Vete y no peques más» (Jn 8,11). Esa invitación es imprevisible; es más, digamos las cosas como son: no solo es imprevisible sino que además es imposible. ¿Quién puede decir –no solo a una prostituta, sino a cualquiera, a ti y a mí–: «No peques más»? El que lo hace me está engañando, pensamos. ¿Entonces Jesús hablaba sin ton ni son? Además apenas acababa de echar a los que querían lapidarla, salvándole la vida. Esa mujer tuvo que haberle creído, tuvo que haber creído que era posible lo que para ella era imposible, pues hasta aquel momento se miraba como la miraban todos. Lo imposible se hace posible porque, en cierto momento, hay Alguien que no la mira como la miraban todos. Sus acusadores estaban allí con las piedras todas blancas, todas iguales –porque tenía que ser así, no se debía reconocer la piedra que mataba, porque el responsable era Dios, no un hombre–, y en cambio este hombre le dice: «Nadie te ha condenado. Tampoco yo te condeno; vete y no peques más». Esta petición no es un engaño. El juicio nuevo que en aquel instante se introduce en su vida, el juicio nuevo sobre su vida es la adhesión, el reconocimiento, el enamoramiento de aquella Presencia. «No pecar más» quiere decir: «Es posible no pecar más porque toda tu vida se vuelve un tender a que no desaparezca el amor por Mí, un tender a desearme más que cualquier otra cosa, por eso te puedo decir: “No peques más”. Te equivocarás todavía, pero sentirás dolor, y al sentir dolor te pegarás cada vez más a Mí». Así la vida se vuelve un camino de grandeza, porque está sostenida por un juicio que es amor y no una medida nuestra. Solo un acontecimiento tiene la fuerza de convertirse en un juicio tan potente en nuestra vida. Ninguna categoría nuestra tiene esta fuerza.

Nembrini. Mientras hablabas me daba cuenta de algo: Jesús tiene delante a todos aquellos hombres que están a punto de lapidar a esa mujer y, ¿qué dice? «El que esté libre de pecado

que tire la primera piedra». En ese momento todos se van, como diciendo: «Todos somos pecadores». Después le dice a ella: «Vete y no peques más». ¿Qué habrá pensado esa mujer? «¡Me pides algo imposible! ¡Acabas de decir que somos todos pecadores! ¿Me tomas el pelo?». No, porque al invitarla a no pecar más, le está diciendo: «Ahora sabes lo que responde a tu corazón, ¡lo que responde verdaderamente a tu corazón! ¿Cuántas veces te equivocarás todavía? Una infinidad, pero piensa solo en permanecer pegada a lo que hoy reconoces como única posibilidad de bien para ti». Es algo interesantísimo, porque nos libera de la preocupación de no equivocarse, como un esfuerzo de la coherencia. El problema no es ya no equivocarse – somos todos pecadores y nos equivocamos continuamente –, sino estar pegados a Aquel que nos permite no pecar. Me parece que esto es estupendo y nos introduce en la quinta pregunta, que creo que es de la directora de un colegio: «Me gustaría profundizar en el punto de la primera reducción, cuando dices: “Se hace inevitable confundir la educación con la imposición”. Es evidente que una imposición es algo negativo, ¿pero qué garantiza que la educación no decaiga en el sentimentalismo, o peor, en la emoción del momento? En estos últimos años parece que al adulto no se ha parado a pensar en la relación con sus hijos y con los alumnos, todo está muy abandonado a la reactividad. ¿Cómo educar sin caer en la ideología?».

Prosperi. Sobre esto podríamos decir muchas cosas, hemos dicho ya muchas y otras tantas que nos diremos para ayudarnos cada vez más en esta tarea, que es la más importante que nuestra amistad nos confía: la educación. No se trata solo de la educación de los más jóvenes, sino de nuestra propia educación. La única diferencia es que el adulto se da a sí mismo los instrumentos para ser educado. Un adulto que no reconoce que tiene necesidad de ser educado tiene ya muerto su corazón. A menudo sostenemos que el factor más decisivo en la educación es el que decimos nosotros. No es que ese factor no valga nada, que quede bien claro, pero el problema es qué refleja lo que decimos. Pensemos en nuestra experiencia, la única manera de entender verdaderamente las cosas: lo que más construye nuestra personalidad como hombres –esto es tan cierto en el niño como en el adulto– no está ante todo en lo que se nos dice, sino en la identificación con el que te dice las cosas o las vive –normalmente ambas cosas van juntas–, seamos conscientes o no; el niño muchas veces no tiene conciencia de ello. Lo digo por experiencia personal, porque he sentido durante muchos años como una carencia haber perdido a mi padre cuando era muy pequeño. Te das cuenta de que te falta un punto con el que identificarte y por tanto sientes mutilada tu relación con la realidad. Porque un niño mira a la maestra antes de aprender la lección. En el fondo es así también para nosotros los adultos, aunque seamos más complejos que los niños. Sin un padre no se puede vivir, y de hecho yo no estaría aquí hablándoos si, en un cierto momento, al crecer, no hubiese encontrado uno: don Giussani. Pero hay otra cosa que subyace a la pregunta: la exigencia de una coherencia ideal. Es una preocupación que yo comparto, pero –¡atención!– no en el sentido en que la entendemos a menudo, es decir de manera moralista, como un problema de coherencia ética. Don Giussani pone el ejemplo del padre borracho que le dice al hijo que está mal emborracharse y pregunta: «¿Es justo que lo diga, él que es incoherente respecto a lo que le pide a su hijo? Sí, pero con una condición: que en el padre haya una tensión continua a no beber más, porque esto es lo que el hijo percibe ante todo, esta tensión continua respecto a la verdad, al bien que hay en la vida incluso cuando admites que no lo puedes alcanzar con tus solas fuerzas. Esto marca una diferencia enorme respecto al modo en que concebimos las cosas. Por ejemplo, cuando vemos que el otro no consigue vivir lo que le proponemos, en un cierto momento dejamos de proponérselo; y cuando vemos que nosotros mismos no conseguimos defender o justificar lo que proponemos con nuestro comportamiento, dejamos de proponerlo. Decía siempre Giussani

que nuestros hijos «son el último baluarte para nuestra conversión». ¿Por qué? Porque nos piden una tensión continua, que es el principio del cambio, a que ellos lleguen a ser más grandes que nosotros, esto es lo que un padre desea para sus hijos. Cuando en nosotros falta esta tensión, que no es solo hacia nosotros mismos sino también hacia aquellos que amamos, nos volvemos reactivos. La relación justa con la libertad de los hijos no es algo espontáneo, la relación educativa no se confía al hecho de que te sientas capaz o no, sino que es una propuesta cargada de razones y de perdón. No hay un uso verdadero de la razón que no incluya la posibilidad del perdón. Un niño crece con certeza no porque no se equivoque nunca, sino porque se equivoca mucho y se le perdona mucho, y esto le hace consciente de que su vida es positiva y que, a pesar de sus errores, puede seguir tendiendo hacia la verdad y el bien. Uno está llamado a comparar cordialmente su experiencia con esta propuesta. Pero para que esto pueda suceder hace falta que nosotros seamos los primeros en dar crédito al valor de la experiencia. El movimiento nació con esta conciencia: mientras todos desconfiaban de la idea de experiencia – porque se consideraba algo subjetivo, abandonado al propio sentimiento de las cosas–, don Giussani la propuso como algo objetivo y razonable. Pensemos en el episodio del ciego de nacimiento al que Jesús dona la vista; todos dicen: «Es imposible. Desde que el mundo es mundo, no se ha oído decir nunca que alguien le haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento», y sus padres declaran: «Nosotros no sabemos quién le ha abierto los ojos, pero ahora ve». Jesús apela a la experiencia del ciego de nacimiento, el cual responde: «Yo creo que tú eres el que tenía que venir», lo dice en virtud de lo que ha vivido. Por eso también nosotros debemos creer en la experiencia de nuestros chicos y sobre todo apostar por ella, ¡de otra manera la educación se reducirá a una imposición en nombre de la verdad o el bien!

Nembrini. Sobre esto ha llegado una avalancha de preguntas muy concretas: «¿Y si mi hijo se hace pis en la cama?», «¿Y si mi hijo no se levanta?», «¿Y si no quiere ir al colegio?», «¿Y si no quiere tomarse la sopa?», «¿Si no quiere lavarse los dientes?». Preguntas muy triviales, algunas más serias. Hemos eliminado todas estas preguntas. ¿Por qué? Porque la respuesta a ellas es un desafío maravilloso con el que cada uno debe hacer las cuentas personalmente. Yo no diré nunca que vuestros hijos no tengan que ir a la escuela y tampoco que tengáis que dejarlos dormir; y si contáis por ahí que digo lo contrario, os equivocáis. Si además alguien me dice: «Eugenio, ¿cuál ha sido tu experiencia?», entonces le cuento mi historia. Cada uno de vosotros –¡cada uno!– debe jugársela. No existe ningún libro de pedagogía que os diga qué hacer ante el caso particular que tenéis que afrontar. Sin embargo, como nos decía Davide, es evidente que el afecto que estás experimentando hacia ti mismo, hacia lo que te ha sucedido, se convierte en el único deseo que tienes para tu hijo. Pienso en las mujeres de Rose enfermas de SIDA; no han pensado: «Hagamos un hospital», sino: «Abramos una escuela, porque si nuestros hijos no encuentran lo que hemos encontrado nosotras, podrían crecer hermosos y bien educados, pero les faltará lo que nos ha faltado a nosotras durante años». ¡Qué certeza! Giussani nos decía: «La educación es una comunicación de sí». ¿Pero cómo sucede? ¡Jugáosla! Es una cuestión de libertad absoluta en acción. Y si uno tiene un amigo, mirará cómo hacer; y si lleva a cabo una cierta acción, si hace un cierto gesto, si pone en acto un intento, verificará en la experiencia si esto hace crecer el corazón, si hace que ese corazón se enamore más o si no produce ningún efecto, y entonces cambia y hace un nuevo intento. Por tanto estad serenos, tranquilos, yo no os diré nada sobre “cómo” tenéis que hacer. Y tampoco Davide os lo dirá, ¡porque es la aventura de vuestra vida! ¿Es verdad o no? Es la gran aventura de la vida. Todo tiene que estar al servicio del corazón de tu hijo, y si él no encuentra y no descubre su corazón en lo que tú, padre o madre, dices y haces, al final lo tendrá complicado. Pero en esto os tranquilizo y os libero de “preocupaciones”, porque

Dios es un genio; por eso, si un hijo tiene una madre y un padre inadecuados, el Señor encontrará otros caminos –seguro– para hacer que su corazón vuelva a ponerse en marcha, exactamente como ha hecho con nosotros.

Pero hay otra reducción que a veces nos molesta y nos destroza, como reconoce esta pregunta: «La segunda reducción transforma la realidad en apariencia y nos hace incapaces de leer los signos. ¿Cómo nos hacemos capaces de leer estos signos? Ante las cosas que no van como yo quiero, ante la falta de realización de un acontecimiento muy deseado y por el que te has esforzado mucho, o ante dramas inesperados, no queridos, ¿qué quiere decir leer los signos y ser capaces de juzgar? A veces tengo la tentación de pensar que en estos casos leer la realidad como signo significa encontrar una explicación diciendo que Dios ha querido, permitido una circunstancia desfavorable. Pero la mayoría de las veces siento que esta es una operación arbitraria».

Prosperi. Nosotros estamos completamente inmersos en esta mentalidad, casi la mamamos con la leche materna. Y se ve en las cosas pequeñas, así como en las grandes, porque ya no somos capaces de reconocer de qué están hechas las cosas con las que tenemos que lidiar. No es que falten los signos. Por su misma naturaleza el signo es una cosa que indica otra cosa; por tanto el problema es que no reconocemos los signos porque ya no nos damos cuenta de lo que se nos indica, renunciamos al hecho de que las cosas –lo que nos es dado, lo que se nos da para vivir, así como lo que se nos pide, porque nosotros entendemos lo que se nos pide en la vida a través de lo que nos es dado, no ante todo a través de lo que pensamos nosotros– tengan un significado. Nosotros nos comportamos así, como todos. No es que no nos preguntemos para qué sirven las cosas, nos lo preguntamos y de qué manera, pero para nosotros, hacerse esta pregunta equivale a preguntarse cuál es su utilidad, es decir, cómo las podemos usar para realizar nuestros objetivos, lo que tenemos nosotros en la cabeza. Raramente la pregunta: «¿Para qué sirven?» se convierte en: «¿Qué son, qué significado tienen?»; habitualmente no sucede. ¿Por qué? Porque a las cosas se les quita el sentido del destino, las cosas verdaderamente tienen un destino –y esto es cierto sobre todo en lo que se refiere a las personas, mucho más a las personas que queremos–. Si se quita el sentido del destino, es decir de la relación última con el Señor de la realidad, ya no se entiende nada; ya no vemos la realidad por lo que es. De hecho, quitando a Dios de la realidad abolimos el yo como exigencia de un significado que dé razón de la realidad y así advertimos todo como contradictorio. Pero después sucede lo imprevisto: el corazón, esa cuerda que es nuestro corazón, se tensa y resuena. Resuena, aunque sea como un último sobresalto ante una injusticia. Pensemos en el caso reciente de Alfie. Aun sin haber sido capaces de dar un juicio articulado, aun habiendo leído juicios, muchos de ellos verdaderos, inmediatamente uno ha advertido este sobresalto. Lamentablemente a menudo nos paramos en el sobresalto, es decir no llegamos hasta el juicio –como decíamos antes–, hasta el reconocimiento de la verdad sobre la que “colgar” la vida. En este ejemplo se entiende bien: el Estado, ya sea totalitario o liberal, se convierte en amo, puede volverse amo de nuestra vida porque nosotros se lo permitimos, porque el yo ya no sabe reconocer quién es. Un juez puede tomarse todo el espacio que se le deje porque desaparece el reconocimiento de que hay algo que viene antes: el yo como relación con el Misterio que lo hace. Por eso el problema no es que no seamos capaces de interpretar los hechos porque no seamos inteligentes, sino que los signos no son tales para nosotros, desde el momento en que la realidad ya no se percibe como relación con Otro, con lo que la hace ser. No lo es ya como sentimiento de sí, como sentimiento de las cosas, y por tanto como deseo y búsqueda continua;

en consecuencia nos rendimos ante la contradicción por el sentido de injusticia que la realidad hace surgir en nosotros.

Nembrini. «Es la primera vez que participo en los ejercicios. He decidido venir un poco por curiosidad, un poco por acercarme de nuevo a esa fe que durante años había dejado aparte, pero que las circunstancias de la vida me han llevado a tener necesidad de redescubrir. El jueves por la noche tuve que asistir a un neonato de cuatro horas de vida, nacido en plazo normal con un parto natural y espontáneo, sin complicaciones. Él estaba allí en aquella camita y yo estaba desarmada, aunque estaba haciendo todo lo posible, junto al equipo, para poderlo salvar. En ese momento me preguntaba en voz alta: “¿Dónde está el Señor?”. Al inicio era una petición de ayuda por Su parte, pero después se coló un grito de rabia, sobre todo cuando me respondí: “Pero ¿todavía crees que Dios puede existir después de esto?”. Es esto lo que os pregunto a vosotros: ¿cómo se puede creer, encontrar la fuerza para seguir adelante, no tener dudas sobre Su existencia cuando tienes entre manos una criatura cuyo único “pecado” es el de haber venido al mundo? ¿Dónde está el Señor?».

Prosperi. Esta pregunta es un maravilloso ejemplo de lo que estamos diciendo, porque nos obliga a mirar la realidad como signo; de otro modo no puedes aceptarla, y tienes que negar no solo la realidad, sino también a Dios, es decir, al que la hace—hasta tal punto la realidad es una sola cosa con Quien la hace—, precisamente por ese deseo de justicia, de verdad y de bien que hay en nosotros. Para poder mirar a ese niño tienes que partir de aquí: ese neonato de cuatro horas que no conocías, amiga mía, tiene un destino. No es un trozo de carne que se está pudriendo, tiene un destino, y ese destino no es solo suyo, sino que está ligado a tu propio destino, que tú has encontrado de nuevo a través de él; ese niño es un ángel para ti, porque en esas cuatro horas de vida te ha hecho reconocer aquello para lo que está hecha tu vida. Nuestra vida es disponibilidad al amor de Dios por nosotros, ese amor con el que nos ha querido. Pero para nosotros muchas veces es verdaderamente difícil aceptar ese amor, porque significa reconocer que la vida se juega en esta disponibilidad a aceptarlo. Para nosotros esto es muy difícil de admitir, mientras que para ese niño ha sido así de simple: Dios lo ha preferido de tal manera para sí, hasta el punto de preceder incluso su posibilidad de decir no. Pero, ¿qué significa esto para mí, que puedo decir no? Que el cumplimiento de mi vida, mi satisfacción, la realización de aquello para lo que he sido hecho, es decir «sí» al Misterio que hace todas las cosas. Ese recién nacido se te ha dado durante solo cuatro horas para que tú pudieses reconocer aquello para lo que estás hecha y para que tu «sí» pueda ser espectáculo para el mundo.

Nembrini. ¡Es para lo que hemos sido hechos! Cuando era rector del Instituto Sacro Cuore mi alumno preferido vino a decirme: «Eugenio, he hecho un descubrimiento grandísimo, pero grande, grande, te lo tengo que contar. He descubierto por qué no estás muerto». Iba a cuarto de primaria. Le digo: «¡Un gran descubrimiento!». Y él, serio: «Sí, Eugenio, he descubierto que Dios es exactamente como nosotros, a sus amigos los quiere cerca y por tanto tendrías que estar muerto». Es impresionante. Dios es como nosotros, nos quiere cerca. Punto. Te quiere con Él, para que vivas la relación con Él. Después le dije a mi alumno: «Pero yo no estoy muerto, a lo mejor no soy su amigo...». «No, no», dice él, «porque he descubierto otra cosa, Eugenio: Dios deja a algunos amigos suyos aquí para que todos lleguen a ser amigos suyos». ¡Cuarto de primaria! En dos frases ha sintetizado qué es la vida, la muerte y la vocación. Con cuatro horas

de vida, o a los cinco años, 28 años, 94 años, Dios nos quiere con Él y esto es lo bueno de la vida. Pero a veces, cuando el corazón se vuelve a despertar, es un problema serio. Esta noche ha hecho erupción un volcán en Hawaii, sembrando el pánico entre miles de personas. Uno de vosotros pregunta: para que el corazón se despierte, «¿hay que pasar siempre por el sufrimiento?».

Prosperi. Habría que darle la vuelta a la pregunta: no es el sufrimiento en sí lo que nos despierta, como mucho –como decíamos– suscita en nosotros un sentido de injusticia por un bien que sentimos que se nos niega. Lo que despierta verdaderamente el corazón, por lo que hasta el sufrimiento puede adquirir un significado, es un atractivo de bien. Lo que es capaz de aferrar el corazón, hasta moverlo, es un atractivo. A menudo no nos damos cuenta de esto, porque paradójicamente nos resulta más fácil reconocer nuestra necesidad cuando las cosas van mal, pero cuando van bien, cuando nos sentimos estupendamente, cuando todo va como debe ir, cuando todo está en su sitio, entonces pensamos que no necesitamos nada, ni siquiera a Jesús; es más, reducimos a Jesús al “premio” que recibimos por una partida ya ganada por nosotros. No es así. Os cuento un hecho. Yo trabajo en la universidad, donde enseño Bioquímica. Una vez un colaborador mío, después de meses tratando de obtener sin éxito una determinada reacción química, entra en mi despacho triunfante, blandiendo un folio con los datos y diciéndome: «¡Se ha producido! ¡La reacción se ha producido!». Yo, impasible, le pregunto: «¿Por qué estás contento? ¿Quizá porque has estado distraído durante los tres meses en los que no se ha producido, mientras que ahora que lo has conseguido puedes estar exultante?». Estaba saliendo de la habitación, cuando sintió un sobresalto, volvió atrás y me dijo: «No, estoy contento porque no se me debía». ¡Extraordinario! «No se me debía», lo que significa reconocer que, después de que he hecho todo lo que tenía que hacer –he hecho una y otra vez el experimento durante tres meses, me he dejado la piel, he sudado sangre–, todo mi empeño, todas las energías que he gastado justamente por un fin noble no bastan para realizar mi tarea. ¿Y entonces por qué estoy contento? Porque hay un excedente. Porque aunque hayas hecho todo, el resultado no se te debe y de hecho te das cuenta de este excedente, de este plus que te es dado y que genera en ti un agradecimiento. Y este agradecimiento es lo que te hace estar contento, es darse cuenta de que nada se nos debe y que cuando las cosas nos van bien hay alguien que nos quiere. Y cuando las cosas son fatigosas, como cuando te levantas por la mañana y ves que las puertas de Barad-dûr están abiertas –soy un apasionado de *El Señor de los anillos*, como habréis notado– y están saliendo los ejércitos de Sauron; entiendes que no te las podrás arreglar en esta empresa, porque todo es más grande que tú, la prueba que se te pide es más grande que tú. Y justo en ese momento entiendes qué es verdaderamente la esperanza en la vida. Hasta ese momento habías pensado que sería muy difícil pero que lo lograrías, y en cambio en ese instante entiendes que no puedes arreglártelas, que no tienes las fuerzas suficientes para hacer frente a la situación. Entonces surge la esperanza, «la» esperanza. Sabes que no te las puedes arreglar con tus fuerzas, pero esperas porque hay una presencia a la que estás pegado, que sostiene tu vida, por la que puedes estar delante de todo sin sucumbir al miedo. Dios no permite la prueba para que tú puedas demostrar que estás a la altura, sino para que, a través de ella, mientras dure, tu fe crezca, para que tú reconozcas más tu necesidad de Él. Como ya he dicho, esto vale también cuando las cosas van bien.

Nembrini. La esperanza es algo que está sucediendo ahora, y precisamente porque está ante mis ojos está ante los ojos de todos. Y uno puede decir: «La espero, la deseo» solo por una

experiencia que está haciendo ahora. Esta es la certeza, que está todavía toda por descubrir, pero es algo que ya está sucediendo, que día tras día se manifiesta, como la flor del almendro que comienza a brotar poco a poco, día tras día. No es la espera confusa de algo, que a menudo nos hace decir: «Esperemos», sino que se trata de algo que me está sucediendo ya a mí.

Leo otra pregunta que nos ha llegado. «El ejemplo de Pedro ha sido muy claro, pero en la cotidianeidad de mis días, en las decisiones que tomo, a veces parece que la línea que separa sentimiento y corazón es muy sutil. Me parece que si prevalece el sentimiento sobre el corazón es porque esto depende un poco de las circunstancias y que no es sencillo distinguir uno del otro; además, a veces parece que estén en contraposición, pero reconozco de todos modos que ambos son decisivos para mi camino».

Prosperi. Lo que dice esta persona es justo, porque el sentimiento, como afirma agudamente don Giussani en *El sentido religioso* con esa preciosa imagen, es como una lente: te acerca al objeto si está posicionado correctamente o bien lo aleja y lo desenfoca si no está a la distancia justa. Por eso el sentimiento no debe eliminarse, aparte de que es imposible hacerlo, sino que debe usarse correctamente para ver más claramente el objeto que el corazón debe reconocer. ¿Por qué es tan útil? Porque el objeto del reconocimiento del corazón no es un discurso, sino una presencia. Es una presencia que nos pide que impliquemos toda nuestra humanidad, todo nuestro afecto: razón y afecto. El sentimiento se reduce a reactividad cuando no es juicio y por tanto afecto, porque el afecto es un juicio definitivo que hace que te pegues a una presencia que ya no abandonas. Y no la abandonas no porque tú seas fuerte, sino porque este juicio de bien y gratitud te arrastra. ¿Qué permite permanecer en el juicio sin que el corazón se reduzca a pura reactividad? Eso que en nuestra historia hemos llamado siempre «memoria». La memoria es la fuerza más extraordinaria del cristiano. La memoria –como se nos ha enseñado a usar esta palabra– no es un mero recuerdo de cosas del pasado, sino que es lo que más determina el presente. Giussani ha reinventado prácticamente el significado de esta palabra hoy tan confusa, porque en la vida cristiana significa memoria de Cristo, de un hecho que ha sucedido –el encuentro con Él– y que permanece, permanece ahora, permanece en el presente. En cualquier situación en que uno se encuentre, la memoria es la afirmación de una dedicación total de sí a Cristo en las circunstancias de la vida presente. Es reconocer, recordar, no perder de vista quién soy yo: yo soy relación contigo, Cristo.

Nembrini. Esto nos introduce en la última pregunta, que se refiere precisamente al deseo de que esta memoria viva constituya nuestros días. Hace falta una presencia atractiva que nos imante. Pero si es una presencia, ¿dónde está? Se llama «casa» y es nuestra compañía, la compañía de la Iglesia. Entonces nos preguntan: «¿Qué quiere decir que nuestra compañía, dentro de la compañía de la Iglesia, nos ayuda a sostener la mirada, a despertar el corazón para no caer en las reducciones? ¿Cómo podemos ayudarnos entre nosotros?».

Prosperi. Hace unas semanas, cuando iba al trabajo, me encontré en un atasco debido a un accidente; en un cruce había un follón de coches, con las ambulancias interviniendo, era una escena muy impactante. Y como en una imagen congelada me impresionó –solo me di cuenta después– esta escena: al borde de la calle había un niño que tenía que atravesar el paso de cebra; iba de la mano de su padre, que miraba directamente la escena, mientras el niño miraba

el rostro del padre. Lo que me impresionó realmente fue la serenidad, la paz de ese niño. Pensando en ello, me pareció el ejemplo de nuestra vida en relación con la compañía. Realmente el problema no es cómo evitar estar ante toda la dureza de la realidad –porque a veces se nos ocurre pensar que hay demasiada realidad–, sino estar ante toda la realidad por lo que es, teniendo en la mirada la mirada de Otro que nos hace estar seguros, teniendo una Presencia en la mirada. Esto es lo que cambia, lo que nos hace tener certeza en la vida y nos cambia, en cualquier situación que nos toque vivir. Nuestra vida tiene certeza porque está custodiada por el abrazo de esta mirada buena y segura, que no retrocede ante ninguna fea posibilidad de la vida y conquista palmo a palmo el terreno a la noche. Esto es lo que marca la diferencia entre ser grandes pero estar solos –y por tanto a merced de las circunstancias– y estar en una compañía que es el gran signo de esa Presencia que hace que la vida adquiera certeza. Entonces esta compañía se hace cotidianamente cada vez más determinante de nuestra mirada, no solo como referencia ideal, sino como presencia, y por tanto como vida, que tiene ciertos instrumentos que, día a día, nos ayudan a conquistar esta familiaridad.

Para sostenernos en la fidelidad a la historia que hemos encontrado, el movimiento nos ofrece ciertos instrumentos y por tanto indicaciones concretas con las que cada uno se puede implicar. Quiero señalar dos que hemos identificado como propuesta final para estos días.

Ante todo la **Escuela de comunidad**, que se realiza en el trabajo mensual con la conexión con Carrón y en el trabajo personal y por grupos durante la semana.

En segundo lugar, la **Caritativa**. La caritativa es una dimensión educativa fundamental de nuestro movimiento. El encuentro con tantas personas y sus diversas exigencias nos ayuda a abrir nuestra pregunta sobre cuál es nuestra verdadera necesidad. Don Giussani nos ha dicho: «Acercarnos a los demás libremente, compartir un poco de su vida y poner en común algo de la nuestra nos hace descubrir algo sublime y misterioso [...] precisamente porque les queremos, que *no somos nosotros quienes les hacemos felices* [...] Es otro quien puede hacerlo» (*El sentido de la caritativa*). Con la invitación a medirnos con esta propuesta, os señalo el cuadernillo *El sentido de la caritativa*, en el cual don Giussani describe su finalidad, consecuencias y directrices. Justo por lo que nos hemos dicho estos días, es un gesto comunitario que ayuda a nuestro corazón.